

de órgano, reducción de una de las citadas anteriormente. (Todas estas piezas fueron compuestas en el Conservatorio; las siguientes fueron escritas en Milan cuando se representó *La Straniera*.) 6.º, seis arietas para soprano, dedicadas á la señora Pollini, y tituladas: A. *Ninfa gentile*. B. *Vanns ó rosa fortunata*. C. *Bella Nice che d'Amore*. D. *Almen se non possio*. E. *Per pieta bell' idol mio*, y F. *Me rendi pur contento*; 7.º, *Allor che azzuro il mare*. barcarola; 8.º, *Soave sogguno de miei primi anni*, melodía; 9.º, *Pouroi ce chant*, romanza francesa; 10, algunas melodías, tituladas: A. *Quando verra quel di*. B. *Vaga luna che in argenti*. C. *Solitario zeffireto*. D. *A palpar de Affanno*. E. *Numi se giusti siete*. F. *¡A! non pensai*. G. *La Mammoleta*, y H. *Questa e la valle* y 11, algunas romanzas compuestas en París y publicadas por el editor Pacini.

Dícese también que Bellini había puesto en música varias poesías de Pepoli, entre ellas cuatro sonetos y una oda sáfica á la luna; se citan igualmente una canción italiana, algunos fragmentos de la partitura que componía para la Gran Opera de París, y aun otra casi completa y titulada *Il Solitario*, pero nadie conoce dichas obras, que sin duda se han extraviado.

A los que deseen, en fin, conocer en sus menores detalles la vida de Bellini, debemos recomendar las biografías publicadas por Gerardi en 1835, por Ciconetti en 1859 y por Pougín en 1868.

A. FELNERO.

EL TEMPLO DEL PILAR EN ZARAGOZA.

Han sido tantas las personas que han visitado en el mes anterior el grandioso templo levantado en honor de María Santísima en la ciudad invicta, que no parecerá oportuno dar á conocer á nuestras suscriptoras la siguiente reseña histórica de su fundación, ya que tanto interesa á nuestras glorias pátrias todo cuanto dice relación á la aparición de la Madre de Dios en las márgenes del Ebro y la construcción de su angélica capilla.

En el año 40, imperando en Roma Cayo Calígula, cuando el apóstol Santiago el Mayor estaba predicando el Evangelio en la ciudad de Zaragoza, á tiempo que oraba con sus discípulos á las riberas del Ebro, á la media noche del día 2 de Enero, se le apareció la Madre de Dios, viviendo aun en carne mortal, acompañada de coros de ángeles que traían su imagen y una columna de jaspe, y que mandó al santo apóstol que en aquel lugar edificase y dedicase á Dios, á honor suyo, una capilla, colocando aquella sagrada efigie sobre la columna, prometiéndole su protección para toda la ciudad y para toda España, y la perpétua duración de la fé católica; y que al momento Santiago, ayudado de sus discípulos, erigió una pequeña capilla de ocho pasos de ancha y diez y seis de larga, en la que colocó el santo simulacro sobre la columna.

Esta reducida capilla fué sufriendo en lo sucesivo varios reparos y mayor estension: en el año 1435 fué necesario repararla por haberse incendiado parte de ella, lo que se hizo habiendo dado para los gastos de su reparación 50 florines y 50 escudos de oro la reina doña Blanca de Navarra; en el año de 1686 se determinó derribar toda la capilla para erigir en su lugar un nuevo tabernáculo, eligiéndose los planos y diseños del pintor D. Francisco Herrero, caballero del hábito de Santiago. El ser-

nisimo príncipe D. Juan de Austria libró 4.200 pesos para abrir las zanjas, y concedió por diez años á la nueva fábrica las pingües rentas de la encomienda de Alcañiz del orden de Calatrava, cuya gracia prorogó por otros diez años en el de 1700 en que falleció.

En el año 1717 se determinó igualar el piso de la plaza al nivel de la iglesia, pues se había edificado en la llanura del río sin hacer cuenta con la altura de la plaza de la ciudad, que era tal, que había que subir dos estrados por algunas partes, y se necesitaban muchas gradas para bajar al templo. No sabiendo cómo proveer á los gastos del desmonte, determinó el arzobispo de Zaragoza animar á la población con su ejemplo, y en efecto, el 27 de Noviembre de 1717, día en que se celebraba la fiesta de los desposorios de Nuestra Señora, después de cantadas las vísperas se vieron en la plaza del Pilar el Ilmo. Sr. D. Manuel Perez de Araciel y Rada, arzobispo de Zaragoza, y el cabildo y regidores formados en dos filas, los cuales comenzaron á desmontar la plaza, pasando las espuestas de tierra de mano en mano hasta el río Ebro. Este ejemplo produjo los efectos deseados, de suerte que desde el día 26 de Noviembre de 1717, hasta el 2 de Enero de 1718 (38 días), se desmontó la plaza, habiéndose sacado doce mil novecientos y sesenta estados de tierra.

La figura que se dió al templo es la de un paralelogramo rectángulo en longitud de quinientos piés: tiene tres naves espaciosas, las cuales están divididas en siete arcos.

Hallándose el templo del Pilar en estado de poderse erigir la nueva santa capilla, se tropezó con una dificultad para su construcción.

Como la sagrada imagen y santa columna no se debía mover del mismo sitio en que la colocó el apóstol Santiago, y como la proximidad del Ebro no ofrecía bastante espacio para plantear el templo metropolitano, que había de comprender al tabernáculo de modo que pudiera quedar en medio de su frente la santa imagen, era necesario inventar una idea que hiciese propio y misterioso el estar á un lado la imagen de la Virgen.

Muchos y varios fueron los diseños que se inventaron para la nueva capilla, pero ninguno vencía este obstáculo, hasta que habiéndose consultado al célebre español D. Ventura Rodríguez, arquitecto del rey D. Fernando VI, académico de la insigne academia de San Lucas de Roma y director de la real de San Fernando, hizo un diseño de gran magnificencia y buen gusto en el que supo vencer el mencionado obstáculo, disponiendo la frente del altar de manera que en el centro representa la venida de la Virgen, cuya figura está en acción de señalar al apóstol Santiago y compañeros convertidos, que se representan en el otro altar á su diestra, que en donde está Nuestra Señora, que es el otro altar á su izquierda, ha de quedar colocada y se le ha de edificar la santa capilla.

Aprobado este diseño, se principiaron los trabajos construyéndose bajo su dirección un tabernáculo de figura elíptica por el interior alzado sobre un prolongado plano que tiene ciento y nueve palmos de diámetro de costado á costado con los macizos, y desde la testera interior, donde están los altares, hasta su entrada principal, solo tiene noventa y nueve y medio, siendo su circunferencia de seiscientos ochenta y seis palmos y su elevación de ciento treinta y tres.

LA PRINCESA ENCANTADA.

(CUENTO ALEMÁN.)

Érase una vieja, muy vieja, que vivía con su manada de gansos en un paraje solitario, entre dos montañas, donde tenía su casita. Esta soledad estaba rodeada además por

un espeso bosque, y todas las mañanas tomaba la vieja su muleta y se dirigía hacia él con paso trémulo. Una vez allá, trabajaba con una actividad que nadie lo hubiera podido esperar de su edad avanzada. Con la misma facilidad arrancaba la yerba para sus gansos, que recogía los frutos silvestres á una altura superior al parecer á la de su encorvado cuerpo, cargando todo esto sobre su espalda para trasportarlo. Hubiérase creído que sucumbiría mil veces bajo semejante peso, pero la verdad es que ella lo conducía siempre felizmente hasta su agreste vivienda.

Cuando encontraba alguno al paso, la vieja le saludaba muy amistosamente:

—Buenos días, querido vecino; hoy hace un día hermoso. Parece que os admirais de que yo lleve esta carga; mas cada cual debe llevar su carga sobre sus hombros.

No agradaba, sin embargo, á las gentes encontrársela sobre su camino, prefiriendo á esto dar un rodeo; y si un padre pasaba cerca de ella con su hijo, solía decirle en voz muy baja:

—Ten cuidado con esta vieja, porque es astuta como un demonio con sus puntas y collares de hechicera.

Cierta mañana atravesaba el bosque un hermoso jóven. Brillaba el sol, los pájaros cantaban, un viento fresquecillo agitaba el follaje, y nuestro viajero se encontraba de muy buen humor. Aun no había tropezado con alma viviente, cuando de manos á boca se encontró con la bruja acurrucada sobre sus rodillas y cortando la yerba con su corva hoz. Tenía ya recogida mucha cantidad en un saco, y á su lado se distinguían dos grandes cestos bien repletos de peras y manzanas silvestres.

—Comadre—dijo entonces el jóven—¿haceis ánimo de llevar todo eso acuestas?

—Preciso es que lo lleve, buen caballero—respondió la vieja:—los hijos de los ricos no conocen estos trabajos.

Y viendo que se detenía en contemplarla, añadió:

—¿Mas seriais, por ventura, tan bueno, mi querido señor, que consintierais ayudarme? Todavía teneis los hombros derechos y las piernas sólidas; será bien poca cosa para vos. Por otra parte, mi casa no se encuentra lejos de aquí: hállase situada entre unos matorrales, allí detrás de la colina. Estoy segura que trepareis allá en un santiamén.

Sintióse el jóven movido á compasión por la vieja, y la contestó:

—Verdad es que mi padre no es ningún destripa-terrones, sino un conde muy rico: sin embargo, para que veais que no son solos los hombres del campo los que saben llevar un fardo, yo me encargo del vuestro.

—Si así es vuestro gusto—replicó la vieja—yo tendría en ello un gran placer. Habrá una hora de camino, ¿pero esto qué os importa? Llevareis también las peras y las manzanas.

El jóven conde al oír que se le hablaba de caminar una hora, empezó á reflexionarlo un poco: mas la vieja no le dió tiempo para que mudara de propósito; le ata el saco á la espalda y coloca en sus manos los dos cestos, diciéndole:

—Ya lo veis, esto no pesa nada.

—¡Friolera!—respondió el conde haciendo un gesto bastante triste—vuestro saco maldito es tan pesado, que no parece sino que le habeis relleno con piedras macizas; pues no digo nada de las peras y las manzanas; esto es puro plomo.... ¡Cuando digo que apenas me dejan echar el aliento!....

Grandes deseos tenía de depositar la carga, mas la vieja no se lo permitía.

—Vengan á ver este paso—decía con tono burlon;—este jóven caballero no puede soportar lo que yo llevo diariamente, vieja y todo como soy. Siempre dispuestos á ayudarnos de palabra, pero en llegando á las obras ya idearán el medio de salvar el compromiso. Vamos, vamos, no hay que hacerse el ronco. En marcha; nadie ahora os podría librar de este fardo.

Mientras el camino se presentaba plano el jóven podía con la carga, mas cuando llegaron á la montaña, que era preciso trepar, cuando las piedras rodaron detrás de él como si estuvieran vivas, la fatiga era ya superior á sus fuerzas. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente, y rodaban tan pronto frías como abrasadoras sobre su cuerpo.

—Buena mujer, dijo al fin, yo no puedo mas: voy á descansar un poco.

—No, respondió la vieja; cuando hayamos llegado arriba, entonces descansareis, ahora es preciso seguir adelante. ¿Quién sabe si esto no os traerá algún buen resultado?

—Vieja del diablo, tú no sabes lo que dices, replicó el conde, al mismo tiempo que forcejeaba para desprenderse del saco; pero vanos esfuerzos; el saco estaba tan bien atado que parecía una parte integrante de sus hombros, así es que en vano hacía contorsiones y movimientos bruscos para verse desligado.

La vieja en tanto reía á mas no poder y brincaba llena de júbilo sobre su cayada.

—No os irriteis, mi querido señor; os estais poniendo encarnado como un gallo: llevad vuestro fardo con paciencia; cuando lleguemos á la casa yo os daré una soberbia propina.

¿Qué podía hacer nuestro jóven? Preciso era someterse y seguir tirando pacientemente detrás de la vieja, la cual aparecía mas ágil y animosa de momento en momento, en tanto que á él su fardo se le hacía cada vez mas insoporable.

De improviso aquella estraña mujer emprende una carrera, brinca sobre el saco y se acomoda encima. Lo peor del caso era que hallándose tan escuálida pesaba, sin embargo, mas que la mas robusta campesina. Las rodillas del jóven temblaban, pero cuando se detenía un instante la vieja le zurraba las piernas con un cardo.

Por fin llegó jadeante á lo alto de la montaña, y poco despues á la mansion de la vieja, en el momento crítico en que iba ya á sucumbir al cansancio.

Cuando los gansos distinguieron á la vieja, estendieron todos sus alas en alto, el cuello en avance y corrieron delante de ella lanzando su desapacible ¡gra.... gra!.... Detrás de la manada iba con una vara en la mano otra vieja alta y vigorosa, pero fea como la noche.

—Madre—dijo á la vieja que venia—¿os ha sucedido algun percance? habeis estado por allá mucho tiempo.

—No, hija; nada de malo me ha acontecido; por el contrario, este buen caballero que aquí ves me ha traído mi carga; y además, como yo me sentia fatigada, cabalgué cómodamente sobre su espalda. El camino no nos ha parecido muy largo; ambos estábamos de buen humor y no hemos cesado de cambiar palabras alegres.

La vieja, por último, se pone de un salto en tierra, quita la carga de los hombros del jóven, los cestos de sus manos, le mira agradablemente y le dice:

—Ahora sentaos sobre ese banco que hay delante de la puerta y descansad. Habeis ganado legalmente vuestro salario; así, pues, no lo perdereis.—Después dijo á la guardadora de los gansos:

—Entra en la casa, hija mia; no es conveniente que te quedes sola con este señor jóven, porque no está bien la estopa junto al fuego. Podria enamorarse de tí.

El conde no sabia si debía reir ó llorar.

—Una mujer de semejante catadura, pensaba él para sí, aun cuando tuviera treinta años de menos, no me haria muchas cosquillas en el corazon.

Entretanto la precavida vieja acaricia á los ánades como si fueran sus hijos, y enseguida entra con su hija en la casa. El jóven se tendió sobre el banco bajo un manzano silvestre. La atmósfera que allí se respiraba era dulce y tibia; alrededor de él se estendia una vasta pradera esmaltada de bellas margaritas, de oloroso tomillo y de mil otras flores. En medio serpenteaba un claro arroyuelo alumbrado por los rayos del sol, mientras los blancos gansos se paseaban junto á la orilla ó se chapuzaban en agua.

—Este sitio es encantador—dijo el jóven—mas yo me encuentro tan fatigado que no puedo tener los ojos abiertos: necesito dormir un poco.

Después que hubo dormido algunos instantes, volvió la vieja y le despertó meneándole.

—Levántate—le dijo—tú no puedes permanecer aquí. Yo te he atormentado alguna cosa, es verdad, pero eso sin embargo no te ha costado la vida. Ahora yo quiero pagarte tu salario. Tú no necesitas dinero, y por eso te ofrezco otra cosa.

Y así diciendo, le puso en las manos una cajita tallada de una sola esmeralda.

—Guárdala bien—le dijo al entregársela—ella te traerá la felicidad.

El conde se levanta, y sintiendo que habia recobrado sus fuerzas, dá las gracias á la vieja por su regalo y se pone en camino, sin pensar ni por asomo en dirigir una mirada á la vetusta hija de aquella.

Encontrábase ya á alguna distancia, y todavía percibia distintamente el alegre graznido de los ánades.

Tres dias anduvo extraviado en aquella soledad antes de volver á encontrar su camino. Por fin arriba á una grande ciudad, y no siendo en ella conocido de nadie, se hizo conducir al palacio real donde el monarca y su esposa se hallaban sentados en un trono. El conde dobló una rodilla en tierra, y sacando de su bolsillo la caja de esmeralda, la

depositó á los piés de la reina. Esta le mandó alzarse del suelo, lo cual hizo con garboso continente, presentándole la caja. Mas apenas la habia abierto y visto lo que contenia, cuando cayó en tierra como difunta. El conde fué cogido al punto por los guardias del rey, é iba á ser ya conducido á una prision, cuando la reina abre los ojos y ordena que le dejen libre y que salgan todos de su régia cámara, porque tenia que hablar con él en secreto.

Cuando la reina vió ejecutadas sus órdenes, rompió á llorar amargamente, y dijo:

—¿De qué me sirven el esplendor y los honores que me rodean? Todas las mañanas despierto en la zozobra y la afliccion. He tenido tres hijas, de las cuales la mas jóven era tan bella que todo el mundo la contemplaba como una maravilla. Era blanca como la nieve, sonrosada como la flor del manzano y sus cabellos brillantes como los rayos del sol. Cuando lloraba, no eran lágrimas lo que caian de sus ojos, sino perlas y piedras preciosas. En cuanto llegó á la edad de quince años, el rey hizo concurrir á sus tres hijas delante de su trono, y las dijo:

—Hijas, no sé cuando llegará mi último dia, pero quiero hoy dejar dispuesto lo que cada una de vosotras recibirá el dia de mi muerte. Bien sé que las tres me amais, mas aquella de vosotras mejor, tendrá tambien la mejor parte.

Cada una de ellas alegaba que era la que mejor queria á su padre.

—¿No podríais proponerme un ejemplo para espresarme mas claramente vuestro amor? Así me seria mas fácil saber cuáles eran vuestros sentimientos.

Entonces dijo la mayor:

—Yo amo á mi padre como al dulce mas delicioso.

La segunda:

—Yo amo á mi padre como al mas hermoso vestido.

Llegado su turno á la mas jóven guardaba silencio.

—Y tú—la dijo su padre—¿cómo me amas?

—No sé qué decir—respondió ella—no puedo comparar mi amor con nada.

El padre, no obstante, insistió para que la princesa designase un objeto.

Y ella dijo por fin:

—El mejor manjar no tiene gusto para mí si no tiene sal; pues bien, yo amo á mi padre como á la sal.

Cuando el rey oyó esto se encendió en cólera rápidamente, y dijo:

—Puesto que tú me amas como á la sal, tambien yo con sal recompensaré tu amor.

Entonces hizo dos partes de su reino, una para cada una de sus hijas mayores; en cuanto á la mas pequeña, la hizo atar un saco de sal sobre la espalda, y dió orden á dos de sus servidores para que en semejante disposicion la llevaran á una selva intrincada.

—Nosotros hemos llorado todos y rogado por ella—continúo la reina—pero no hubo medio de apaciguar la cólera del rey.

¿Cuánto ella lloró cuando se vió obligada á abandonar-nos! Todo el camino quedó sembrado con las perlas que caian de sus ojos. No tardó el rey en arrepentirse de su du-

reza, haciendo buscar á la pobre niña por toda la selva; pero nadie ha podido encontrarla. Cuando yo imagino que las fieras pueden haberla devorado, mi dolor no puede ir mas allá; pero me consuelo frecuentemente con la esperanza de que todavía vive, que está escondida en una caverna ó que ha encontrado un asilo escondido entre personas caritativas. Considerad ahora que cuando yo heabierto vuestra cajita de esmeralda, encerraba una perla en todo semejante á aquellas que se deslizaban de los ojos de mi hija, y entonces podreis comprender cuánto á su vista se habrá conmovido mi corazón. Ahora es preciso que me digais por qué medios habeis arribado á poseer esta perla.

El conde la refirió en seguida que él la habia recibido de la vieja del bosque, en la que habia creído observar algo de extraordinario y debia ser una hechicera; pero que, por otra parte, él nada habia visto ni oído que pudiera tener relacion con su hija.

El rey y la reina tomaron la resolucion de ir á buscar á la vieja, creyendo que allí donde se habian encontrado la perla hallarian noticias de su hija.

(De los hermanos Grimm.)

(Se concluirá.)

NECROLOGÍA.

El día 18 del mes último pasó á mejor vida el Excelentísimo Sr. D. Severo Catalina, persona que no obstante ser joven todavía se habia conquistado un lugar muy ventajoso en el profesorado, en la política, en el parlamento, y en la república de las letras, en la que figuraba en primera línea. Los periódicos todos sin distincion colocan una corona fúnebre de respeto sobre la losa todavía caliente donde descansa su cadáver, y hacen al mismo tiempo descripciones interesantes sobre su edificante muerte; al cumplir nosotros con aquel deber, hijo del interés que nos inspiran las glorias españolas, dirigimos al cielo nuestras plegarias por el eterno reposo del ilustrado autor de *La Mujer*, obra en que tan claramente se dibujan sus profundos conocimientos, la correccion y pureza de su lenguaje, y sobre todo, sus levantados sentimientos religiosos.

No podemos resistir al deseo de dar una prueba de nuestros asertos, copiando íntegras algunas líneas de tan interesante libro ¡Dichoso el escritor que en el instante supremo de la muerte no se vé atormentado con la idea de haber esparcido el veneno de doctrinas perniciosas!

CAPÍTULO DÉCIMO SÉTIMO.

EL LLANTO.

I.

Dum femina plorat decipere laborat.

«En llanto de mujer
no hay que creer.»

Hé aquí dos proverbios, uno en latin y otro en castellano, que el vulgo repite ordinariamente.

O mejor dicho:

Hé aquí dos *vulgaridades ordinarias* repetidas en latin y en castellano.

Cuando la mujer quiere engañar, tiene recursos mas poderosos que el llanto.

Porque al fin el llanto altera sus ojos y marchita la lozanía de sus mejillas.

A los que crean en la verdad de los proverbios citados, diremos, aun á riesgo de parecer *retruecanistas*: "es imposible llorar sin *Uorar*."

No negaremos, sin embargo, que hay lágrimas de los ojos y lágrimas del corazón.

¿En qué se distinguen? La ciencia de *La Mujer*, tiene sus misterios: este es uno.

Pero las lágrimas de los ojos son tambien lágrimas. Nadie llora sin *Uorar*.

En la esfera de un reló nunca se mueven las manos por sí solas, si el mecanismo interior no les imprime el movimiento.

El semblante es la gran esfera de la humanidad.

Hay lágrimas que son el jugo emponzoñado de la ira: no hablamos de esas.

Hay lágrimas que son la lluvia suave y benéfica en que se resuelven las tempestades del corazón.

Esas son las lágrimas que los poetas llaman con justicia *rocío del cielo*. ¡Dichosos los que las tienen!

¡Beati qui lugent!

Las lágrimas vienen á ser un tesoro cuyo precio no es dado á todos calcular y comprender; son, como dice San Agustín, la sangre del alma.

No hay seres mas desgraciados en la tierra que los seres que no lloran.

Para ellos no tiene el catecismo más que siete bienaventuranzas.

Los que no lloran no saben lo que es consuelo; ignoran lo que es sentir. La mas dulce de todas las simpatías es la simpatía de las lágrimas.

Nada liga tanto los corazones, decia un escritor de primer orden, como el placer de llorar juntos.

Vosotras, almas privilegiadas, que en las tranquilas horas de la noche habeis llorado vuestro bien perdido ó vuestro amor ausente, responded á los que se burlan del llanto: llorad por ellos.

II.

Surca los mares el bajel, corre, se aleja, desaparece; y acá en la orilla una mujer lo sigue con atenta mirada; la mirada de aquella mujer se nubla lentamente, y el nublado de los ojos se deshace en lágrimas. Aquella mujer es una madre: es inútil preguntar quién parte en el bajel: los que no saben llorar no pueden conocer el valor de aquellas lágrimas.

A la caída de una tarde serena y melancólica, unos ojos de mujer, bellos como la sonrisa de la aurora, y apacibles como la brisa de los campos, se fijan en el confin del horizonte; quisieran traspasarlo; quisieran ver mas allá; quisieran llegar á donde llegan los ojos del alma. ¡Imposible!

Entonces una lágrima de fuego se balancea en los párpados; parece que tiembla por el riesgo de revelar un se-

madre exclamó que era un grande honor el que se les hacia, mas Ester dijo al galante caballero:

—Aunque viniereis en un carruaje de plata y colocáseis sobre mis sienes un velo de lo mismo, no querría nada con vos.

—¡Qué orgullo!—gritó la desgraciada madre. Semejante soberbia no puede conducir mas que al infierno.

Ester se contentó con mirarla con cierto aire desdenoso.

La tercera noche la viuda no cesa de rezar: cerca de ella dormía su hija y en su sueño soltaba risas de una satisfacción infinita.

—¿Qué has soñado? la preguntó por la mañana.

—Vais todavía á acusarme de locura si os lo digo.

—Es posible, pero habla.

—Pues bien, he visto entrar en nuestro patio una carroza de oro y descender de ella un magnífico personaje que me vistió una ropa toda de oro, y conduciéndome á la iglesia todos los concurrentes no miraban mas que á mí.

Al escuchar tales palabras la madre rompe en llanto y se tuerce las manos en los extremos de su dolor. Ester se apresuró á salir de la habitacion.

Pasado este dia tres carruajes, uno tras otro, penetraron en el patio de la casa de la viuda: el primero de cobre, arrastrado por dos caballos; el segundo de plata con cuatro caballos; el tercero de oro, tirado por ocho soberbios corceles. De los dos primeros se aparearon dos pajes con trajes encarnados y gorras verdes; del tercero descendió un hermoso jóven vestido de oro.

Ester al verle reconoció en él al que se la habia aparecido en su tercer sueño y se retiró á su habitacion para preparar su ramillete. Despues volvió á ofrecerle un ramillete de boda y él la dió un anillo de cobre, un velo de plata y un vestido de oro. Ella volvió á retirarse para vestirse. Durante este tiempo la madre preguntó al novio:

—¿Cómo pensais sostener á mi hija?

—Con pan de cobre, respondió el hermoso señor, con pan de plata y con pan de oro; yo no tengo otro.

—¡Qué cosa tan estraña! pensaba la madre para sí. Ester por su parte no tenia cuidado alguno.

Tomó pues la mano de su novio y se alejó sin pensar siquiera en pedir la bendicion á su madre, que de pié sobre el dintel la miraba con angustia y oraba.

Despues de celebrado el casamiento, Ester montó en su carroza de oro y partió sin decir *adios* á su madre. Ella camina allá, lejos, muy lejos, hasta que por fin los caballos se detuvieron á la entrada de una gruta abierta en la peña viva de rocas inmensas. De repente tiembla la tierra, la gruta se abre delante de ella y se encuentra en una profunda oscuridad. Entonces tuvo miedo, mas su esposo la dijo:

—No temas nada; presto volveremos á ver la luz.

Bien pronto, en efecto, apareció una legion de enanos entre aquellas cavernas montañosas, con teas encendidas, en las manos que aclamaban á su señor y alumbraban su camino. Al salir de esta primera cueva la jóven pareja penetra en unas vastas profundidades erizadas de bosques. Mas

todos sus árboles que tenian la forma de pinos y de robles, eran de plomo, y el suelo sobre el cual se levantaban era asimismo de plomo.

Desde esta tierra de plomo los desposados descendieron á una llanura espléndida en medio de la cual reverberaba un palacio de oro incrustado de piedras preciosas. El jóven esposo, que era el Rey de los metales, condujo á Ester al palacio resplandeciente y le dijo:

—Todo cuanto ves te pertenece.

Ella contempla con delicia estos tesoros sin iguales. Sin embargo, sentíase fatigada, tenia apetito é indicó con agrado á la servidumbre que la preparasen algo que comer. No tardó en poder sentarse á la mesa que los criados cubrieron repentinamente de diferentes manjares; mas todos ellos eran de cobre, de plata ó de oro. El rey comia con buen apetito: ella le mira tristemente y pide un pedazo de pan.

—Con mil amores, dijo el soberano de la montaña.

Hizo en seguida una señal y al punto presentan á Ester un pan de cobre, donde la pobre no podia morder; despues un pan de plata y luego uno de oro.

Entonces reconoció la locura de su orgullo y se puso á llorar.

—¿Qué haces? dijo el rey; no tengo otros alimentos que ofrecerte y de nada sirve que te laments. Tú misma has querido la suerte que te aflige.

La desgraciada Ester fué de este modo condenada á morar en las entrañas de las montañas y á sufrir el hambre en medio de los tesoros de la tierra. Tres veces al año solamente la es permitido salir de su reino. Entonces anda errante veinticuatro horas á través de los campos y mendiga un pedazo de pan.

M. P.

LA PRINCESA ENCANTADA.

(CUENTO ALEMÁN.)

Conclusion.

Hallábase la vieja del bosque sentada en su vivienda hilando al lado de su torno. Iba ya oscureciendo y algunas astillas que se quemaban en el hogar despedían apenas una claridad débil. De repente se percibe un rumor de la parte de afuera: eran los gansos que volvían á su abrigo, dando al viento sus graznidos mas roncós. Poco despues entró en la vivienda la mujer que los guardaba. La vieja la dirigió apenas su saludo, contentándose con un ligero movimiento de cabeza. La recién entrada se sentó á su lado, tomó su rueca y comenzó á retorcer el lino tan ligeramente como hubiera podido hacerlo una muchacha. Así permanecieron las dos sentadas durante dos horas, sin decirse una palabra.

Al cabo de este tiempo sintióse que alguna cosa hacia ruido sobre la ventana y vieron brillar en ella dos ojos relumbrantes.

Era un viejo mochuelo que gritó tres veces: «Fou, fou.» La vieja levantó indolentemente los ojos y dijo:

—Ya es tiempo, hija mia, que salgas á desempeñar tu tarea.

Dicho lo cual, levantóse la otra hilandera y partió. ¿Dónde iba, pues? Lejos, bien lejos, hasta lo último de la pradera. Llegó por fin al borde de una fuente cerca de la cual se encontraban tres encinas. Entretanto la luna habia remontado su disco completo por encima de la montaña, y era tan brillante que se hubiera podido encontrar un alfiler. La guardadora de gansos levanta una piel que cubria su rostro, se inclina hacia la fuente y comienza á lavarse. Cuando hubo concluido sumergió la piel en las aguas del manantial y la estendió sobre la yerba para que se blanqueara y secara al resplandor de la luna.

¡Pero qué mudanza habia sufrido aquella mujer! Cuando deshizo su trenza gris sus cabellos de oro reverberaron como los rayos del sol y rodearon como un manto toda su persona. Sus ojos brillaban mas que las estrellas del cielo y sus mejillas tenian el matiz dulcemente sonrosado de la flor del manzano.

Mas la hermosa jóven estaba triste: sentóse y comenzó á llorar amargamente. Caian de sus ojos las lágrimas una á una y rodaban entre sus largos cabellos hasta el suelo. En tal situacion se encontraba y así hubiera permanecido largo tiempo, si el ruido de algunas ramas que crujián en un árbol inmediato no hubiera llegado á sus oídos, lo cual la hizo dar un brinco, á manera del cervatillo que oye el disparo del cazador. La luna se hallaba en este momento oculta por una nube espesa: en un instante se encuentra la jóven cubierta de nuevo con su piel de vieja y desapareció como una luz apagada por el viento.

Temblando como la hoja del álamo corrió hasta su vivienda. La vieja estaba en el dintel de la puerta y la jóven quiso referirla lo que la habia acontecido; mas la vieja sonrió afablemente y dijo:

—Ya lo sé todo.

Y conduciéndola al interior de la casa encendió algunas astillas, mas no volvió á sentarse delante de su torno, sino que cogiendo una escoba empezó á barrer y sacudir el polvo, diciendo al mismo tiempo:

—Todo debe estar aquí limpio y curioso.

—Pero madre, respondió la jóven, ¿por qué comenzar esta faena á una hora tan abanzada? ¿Qué pensamiento es el vuestro?

—¿Sabes tú qué hora es? preguntó la vieja.

—Todavía no es la media noche, pero ya han dado las once.

—¿No te acuerdas, continuó la vieja, que hoy hace tres años que vinistes á mi casa? Tu tiempo ha concluido; nosotras no podemos ya permanecer juntas.

A estas palabras el espanto se apoderó de la jóven, la cual dijo:

—¡Ah, madre! ¿me quereis arrojar de aquí? ¿Dónde iria yo, desventurada de mí? No tengo amigos, no tengo patria donde pueda buscar un asilo. Yo he hecho todo cuanto me habeis mandado y vos os habeis siempre mostrado satisfecha de mí: ¡no me despidais!

La vieja no queria decir á la jóven lo que la iba á suceder.

—Yo no puedo permanecer aquí mas tiempo, pero al dejar esta mansion es menester que las habitaciones y la casa toda estén limpias: no me interrumpas, pues, en mi trabajo. Respecto á tí puedes estar tranquila; encontrarás techo bajo que poder habitar y te considerarás muy satisfecha con la recompensa que te daré.

—¿Pero no me direis qué es lo que va á pasar? preguntó todavía la jóven.

—Te repito que no me interrumpas en mi trabajo. Ni una palabra más; pasa á tu cuarto, quítate la piel que cubre tu cara y ponte el traje de seda que traías cuando llegaste á esta casa. Despues permanece allí hasta que te llame.

Mas ya es justo que volvamos á hablar del rey y de la reina que habian salido con el conde para ir á encontrar á la vieja en su solitario retiro. El conde se habia separado de ellos durante la noche y se veia obligado á proseguir solo su camino. El dia siguiente figurósele que se hallaba en buena vereda y no descansó hasta que vió aproximarse las tinieblas; entonces se encaramó sobre un árbol para pasar allí la noche, porque temia estraviarse. Cuando la luna alumbró el paisaje distinguió una persona que descendia de la montaña, y por las señas pudo reconocer que era la que guardaba los gansos y habia visto en la casa de la vieja.

—¡Oh! exclamó,—ella viene y yo veo aquí una de las dos hechiceras; la otra no se me escapará.

Mas cuál fué su asombro cuando la vió acercarse á la fuente, despojarse de la piel para lavarse, cuando sus cabellos de oro se esparcieron sobre ella, y cuando al mismo tiempo se mostraba hermosa como él no habia visto jamás otra mujer en el mundo.

Ante tan hechicero espectáculo apenas se atrevia á respirar, mas alargaba el cuello á través del follage cuanto le era posible y la miraba sin apartar una vez los ojos. Sea que él se apoyara demasiado, ó por cualquiera otra causa, una rama se desgajó repentinamente, y en el mismo instante la jóven se encontró oculta bajo su piel; brincó como un cervatillo, y ocultándose la luna en este momento dejaron de distinguirla sus ojos.

Apenas habia ella desaparecido cuando el conde descendió del árbol y se puso con ansia en su persecucion. Solo habia dado algunos pasos cuando divisó, á favor del crepúsculo, dos personas que caminaban á través de la pradera. Eran el rey y la reina que habian distinguido una luz á lo lejos en la casa de la vieja y se dirigian hácia aquella parte. Llegado donde se hallaban, el conde les cuenta las maravillas que acababa de ver en la fuente, y ellos no dudaron un punto que aquella de quien habia ba fuese la misma hija que lloraban perdida.

En esta disposicion avanzaron llenos de regocijo, llegando en breve á la casa. Los gansos estaban colocados alrededor, durmiendo con la cabeza escondida debajo de las alas. Los recién llegados miraron desde fuera por la ventana y columbraron á la vieja que estaba sentada tranquilamente é hilaba, la cabeza ladeada y sin mover los ojos. Todo se hallaba limpio en aquella pieza, como si hubiera

sido habitada por aquellos pequeños silfos aéreos que no dejan huella de polvo bajo sus piés. Pero no vieron á su hija. Lo consideraron todo durante algunos momentos, y en fin, cobrando valor llamaron suavemente á la ventana.

Hubiérase dicho que la vieja los aguardaba, porque se levantó al instante, exclamando con voz amistosa:

—Os conozco; pasad adelante.

Así que penetraron en la habitacion prosiguió la vieja:

—Habriais podido evitaros las molestias de este largo camino si no hubieseis arrojado injustamente de vuestro palacio, hoy hace precisamente tres años, á vuestra hija, que es tan buena como hermosa. Ella nada ha perdido porque durante esos tres años haya sido aquí guarda de ánades, en lo que nada de malo ha aprendido, conservando la pureza de su corazon. Pero estais suficientemente castigados por la inquietud en que habeis vivido. Despues se acerca á otro aposento, y dice:

—Sal, mi querida hija.

Abrióse la puerta y apareció la hija del rey vestida con su traje de seda, sus dorados cabellos y sus brillantes ojos; parecia un ángel descendido del cielo. Su primer movimiento fué arrojarle en los brazos de sus padres, quienes la estrecharon en ellos cariñosamente, llorando todos de alegría sin poderse contener. El jóven conde permanecia al lado de ellos, y cuando le vió la princesa coloreóse su rostro como una rosa de Alejandría, sin saber ella misma la causa.

El rey dijo:

—Querida hija, yo hice ya la distribucion de mis estados, ¿qué es lo que podré darte?

—Nada necesita, yo la doy las lágrimas que ha vertido por vosotros, las cuales son otras tantas perlas mucho mas hermosas que las que se crian en el mar y cuyo valor supera en mucho al de todo vuestro reino. Además, como recompensa de los servicios que me ha prestado, yo la doy esta casita.

Al terminar estas palabras la vieja desapareció. Oyóse al mismo tiempo crugir ligeramente las paredes, y al volver la cabeza los circunstantes, la pequeña mansion se vió convertida en un soberbio palacio. Una régia mesa apareció ostentosamente servida y los criados iban y venian en derredor.

La historia no termina aquí, pero nuestra abuela, que nos la ha referido, habia perdido la memoria y no se acordaba del resto. Yo creo, no obstante, que la hermosa hija del rey se casó con el conde y que se quedaron unidos en el palacio, donde vivieron en la mayor felicidad todo el tiempo que Dios quiso.

Si los blancos ánades que se guardaban en la casa, eran otras tantas jóvenes que la vieja habia recogido á su lado, lo cual no creais que indico por malicia; si volvieron á recobrar su humana figura y permanecieron en calidad de damas al lado de la jóven princesa, es cosa que no podré deciros con certeza, pero yo al menos lo conjeturo.

Lo que sí es positivo es que la vieja no era de modo al-

guno una hechicera en el mal sentido de la palabra, sino una hada benéfica que no queria otra cosa que el bien.

Probablemente seria ella la que habia otorgado á la hija del rey desde su nacimiento el don de llorar perlas en vez de lágrimas.

Esto no se vé hoy, lo cual es una lástima, porque seria el medio mas sencillo de que las pobres vinieran á ser ricas muy pronto.

(De los hermanos Grimm.)

EL CAMALEON Y SUS CAMBIOS DE COLOR.

«Mudable como un camaleon» es un refran que todo el mundo repite, mas pocas son las personas que tienen una idea exacta de los cambios de color de dicho reptil y de las causas que lo determinan.

Antes de tratar de ellas, creemos indispensables algunos pormenores.

El camaleon habita ordinariamente en todos los puntos cálidos de las regiones del Mediterráneo, tales como el Asia menor, la Siria, el Egipto, el Africa septentrional y tambien el Mediodia de España. Su forma recuerda la de un lagarto cuya cabeza estuviese cubierta con una especie de casco. Una cresta dentada corre á lo largo de su lomo y el cuerpo se termina por una larga cola que el animal puede enrollar en las ramas de los árboles, á semejanza de los monos de América. Sus miembros son largos y se terminan por dos manos armadas de garras y en forma de horquilla.

Sin embargo de que por su organizacion interior, la zoología coloca al camaleon en la clase de los reptiles y en la familia de los lagartos, la estructura especial de sus cuatro patas le permite andar sin arrastrarse como estos. Sus ojos tienen la singular propiedad de dirigir cada uno su visual en sentido contrario, uno á derecha y otro á izquierda, ó uno arriba y otro abajo, resultando en sus funciones completamente independiente el uno del otro.

No es menos extraordinaria la organizacion de su lengua. Replegada sobre sí misma, dentro de la boca, cuando la estira adquiere la longitud de todo su cuerpo, y termina por un tubérculo viscoso en forma de porra. El animal divisa una mosca ó cualquiera otro insecto, lanza ó despide su lengua con la rapidez de una saeta y toca á su víctima que, quedando pegada en el tubérculo viscoso, es conducida seguidamente al interior de la boca.

El camaleon ofrece todavía una singularidad mas; la de poder engruesar y adelgazar á su arbitrio. Durante el sueño llena de aire sus vastos pulmones y su cuerpo se hincha. Otras veces se aplasta por completo hasta parecer reducido al espesor de la piel en que está envuelto.

Pero todas estas propiedades raras le han hecho menos célebre que las mutaciones de su color que han preocupado tanto la imaginacion de los antiguos.

Aristóteles, cuyo nombre aparece siempre en la historia de todos los ramos del saber humano, no ignoraba los cambios de color del camaleon. Sabia que tan pronto aparecia negro, tan pronto amarillo ó salpicado de manchas, y creia que semejantes mudanzas de color coincidian con el hinchamiento de su cuerpo, ó con su muerte. Otros naturalistas de tiempos remotos, atribuyeron dicho fenómeno al miedo, y la opinion tan popular de que el camaleon toma el color de los objetos que le rodean, se remonta á una antigüedad muy respetable, siendo desde entonces